

Introducción

Si, como normalmente se admite, el interés que despierta el tema de cualquier reunión científica está íntimamente relacionado con la intensidad de los debates que suscita, hemos de deducir que este primer Coloquio de la AIER que, bajo el título *Extranjeras en el mundo romano*, se celebró en Madrid a finales del año 2003, merece situarse en un lugar preferente, pues no sólo atrajo la atención de todos aquellos que asistieron a sus sesiones, sino que además promovió una profunda discusión científica acerca de algunas cuestiones difíciles de desentrañar.

No puede ignorarse que, en buena medida, el éxito de este Coloquio se debió al hecho de que la orientación del tema sobre el que versaba cumplía una serie de condiciones impuestas desde el principio por sus organizadores. En efecto, las ponencias giraban en torno a una problemática histórica, en cierto sentido novedosa, de precisa concreción y vinculada con algunos aspectos significativos de la realidad actual. Novedosa porque no se trataba de abordar, una vez más, el tema de las mujeres o, si se prefiere, la variable de género en Roma, sino precisamente de indagar en el universo femenino desde la perspectiva de la marginalidad y, en consecuencia, en el difícil proceso por medio del cual fue inevitable la gradual incorporación de las extranjeras (o de su representación simbólica) al mundo romano por vías diversas (explotación, asimilación, humillación, abstracción, etc.). Tampoco se pretendía debatir sobre el lugar ocupado, en términos genéricos, por las mujeres en la sociedad romana, sino sobre un determinado y heterogéneo colectivo de mujeres que respondían a la condición de «extranjeras». Por último, parecía evidente que el tema propuesto compartiera aspectos relevantes con la problemática actual, como aquellos relacionados con el fenómeno de la inmigración e integración social de las extranjeras en el mundo occidental. Sin embargo, la constatación de dicha vinculación no habría de servir tanto para establecer fáciles paralelismos (abusando, sin duda, de la extrapolación cultural) como para afirmar, en todo caso, las diferencias o identidad histórica de unas situaciones respecto de las otras.

Ya en las primeras sesiones, surgió, no obstante, la necesidad de definir el término «extranjero» en el mundo romano. Y es que, desde nuestra perspectiva actual, resulta extraño que gran parte de las fuentes tratase como tal no solamente al «bárbaro» que procedía del otro lado de las fronteras del Imperio, sino en ocasiones también al individuo foráneo que llegaba a Roma desde las provincias.

Bajo el prisma de tales consideraciones, el Coloquio acogió de buen grado diversos estudios (ahora reunidos en la presente obra) que, desde ópticas diferentes, abordaban aspectos concretos de la presencia y la imagen de las extranjeras en la sociedad romana, estudios que abarcaban cronológicamente desde finales de la República hasta la Antigüedad tardía, adentrándose incluso (aunque de manera somera) en las repercusiones que tuvieron algunos mitos engendrados en el mundo romano y relacionados con este tema en la cultura occidental de los siglos posteriores.

El libro se abre con el texto de la amplia ponencia que presentó S. Perea Yévenes, cuya atención se centra en las mujeres dedicadas al teatro que, procedentes en su mayoría de los estratos sociales más bajos de la sociedad (libertas y casi siempre extranjeras) aparecían frecuentemente vinculadas con la prostitución. Aunque los verdaderos nombres de estas mimas y pantomimas apenas han llegado hasta nosotros, podemos acercarnos al mundo marginal en el que se movían gracias, entre otras, a las fuentes que nos informan acerca de ciclos festivos como el dedicado a la diosa Flora, en los que participaban de manera notoria, y cuya imagen denigraron hasta la extenuación tanto los moralistas romanos de acusada tradición conservadora, como los apologistas cristianos de tan estricto puritanismo.

La sorprendente visión positiva que Valerio Máximo transmite de la mujer extranjera (fiel, casta, familiar, comprometida con los valores ancestrales que rigen la vida pública), supone, según S. Montero, un reflejo de la actitud moralista de este autor romano. La exaltación de las virtudes de las mujeres extranjeras, todas ellas griegas o profundamente helenizadas y de elevada condición social, ponía de manifiesto su clara intención de denunciar la corrupción de las costumbres sociales de su época y, al mismo tiempo, la incapacidad política de la mujer, cuyo verdadero lugar se encontraba alejado de los *virilia officia*.

J. M.^a Blázquez se sumerge en los epigramas de Marcial tratando de descubrir, por su parte, las noticias que esconden sobre la vida oscura de las mujeres extranjeras de baja condición social (la mayoría de ellas esclavas y prostitutas) que habitaban los barrios más desfavorecidos de Roma. Dentro de este contexto, de larga tradición era la fama de que gozaban las bailarinas gaditanas, tantas veces mencionadas por nuestras fuentes literarias y representadas en todo tipo de obras artísticas a lo largo de la Antigüedad. En este caso, como pone de manifiesto el poeta bilbilitano, eran especialmente célebres las obscenas danzas con las que amenizaban los festines de la alta sociedad romana.

J. L. Posadas se adentra en la imagen de las mujeres extranjeras que aparece reflejada en la historiografía romana del siglo II d. C.: en Tácito, Suetonio y Floro. Aunque desde ópticas diferentes, todos ellos parecen utilizar «modelos» similares de mujeres extranjeras como *exempla uirtutum ac uitiorum* para la mujer romana, haciendo especial mención de aquellos comportamientos que, bien en sentido positivo, bien negativo, tenían como origen el exceso de poder político o la concupiscencia.

Por su parte, G. Bravo trata en su ponencia de reconstruir las circunstancias por las que Zenobia alcanzó el máximo poder en Palmira y amenazó la integridad del Imperio al extender, con el apoyo militar del general (¿o aliado?) Zabdas, su dominio e influencia a buena parte de los territorios de Oriente. Al parecer, asumió en un principio el título de madre-regente de su hijo Vabalato, verdadero heredero de la dignidad consular que había sido otorgada por Valeriano a su padre Odenato y que se vio pronto acrecentada en la persona del hijo con la distinción imperial (pues había sido proclamado *augustus*). Las fuentes la convirtieron después en una auténtica reina que, con su belleza y osadía (propia esta última de un hombre), desafió para su desgracia a Roma y cuya derrota a manos del emperador Aureliano oscureció, de alguna forma, su destino final hasta sumirlo en la pura leyenda.

Según F. J. Guzmán Armario, no es extraño que Amiano Marcelino prestase escasa atención a las mujeres extranjeras de origen oriental (ya fueran persas, egipcias

o sarracenas) porque, en realidad, las referencias a mujeres apenas son significativas en sus *Res gestae*. En todo caso, no existen indicios de que este autor se distanciase mucho respecto a los tópicos clásicos de la mujer oriental (sensual, agresiva y arrebatadora) con una intención, de nuevo, exclusivamente didáctica y moralizante.

A su vez, R. Sanz Serrano indaga en la presencia e influencia de la mujer de procedencia bárbara en el mundo romano occidental durante la Antigüedad tardía. El contacto de la sociedad romana con estas mujeres extranjeras encontró un cauce abierto en la figura de la esclava, de la rehén, o incluso, de la esposa, madre o hija como consecuencia de los matrimonios mixtos que aparecen no sólo en el ámbito militar romano, sino también, y de manera muy significativa, en la corte imperial. En este sentido, la autora de esta ponencia no pasa por alto el hecho de que la nutricia de Gala Placidia fuese bárbara y de que gran parte de su séquito femenino tuviese ese mismo origen. Sin embargo, éste (aunque ciertamente muy significativo) no sería el único ejemplo en el que se puede constatar la infiltración de mujeres extranjeras en las más altas instancias del Imperio, desde donde cabría suponer que pudieron ejercer una influencia no desdeñable.

El libro se cierra con la aportación de M.^a D. García de Quevedo Rama sobre el desarrollo romántico de la exótica y evocadora figura de la reina Cleopatra VII a partir de la transformación de su dimensión histórica (muy escueta en los historiadores coetáneos y denostada por las fuentes de época augustea) en el mito literario universal que, a través de Bocaccio y bajo la poderosa influencia de Shakespeare, impregnará profundamente el mundo cultural occidental durante todo el siglo XIX y parte del XX.

Finalmente, no deberíamos dejar pasar esta ocasión sin expresar nuestro reconocimiento por la calurosa hospitalidad con la que las autoridades académicas de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid han acogido la celebración de este Coloquio y por su continuo apoyo incondicional a la *AIER*. Y, por supuesto, como editores de este libro, debemos además dejar constancia de nuestro sincero agradecimiento al Servicio de Publicaciones de esta misma Universidad, que ha aceptado incluirlo dentro de la prestigiosa serie *Anejos de Gerión*, lo cual ha facilitado la pronta publicación de la obra que ahora tienen en sus manos.

GONZALO BRAVO CASTAÑEDA
RAÚL GONZÁLEZ SALINERO